

## CARTA A UN AMIGO COFRADE

### II. LA IDENTIDAD Y ESPIRITUALIDAD DEL COFRADE

Una vez descrito el marco histórico y social en el que tienen que desarrollarse las cofradías para ser significativas logrando dignidad pública, ahora tendríamos que pensar su organización interna. Pero no me voy a ocupar de estos aspectos que me exceden y que vosotros conocéis mejor que yo. Solo indico algunos rasgos constituyentes del cofrade: lo que es su ser y el deber que nace de su ser, la misión que deriva de su condición de hijo de Dios, hermano de Cristo y cohermano de todos los demás. Aunque te parezca extraño, este saber de .las raíces y de los fines es lo primario, porque quien sabe *los qué*s (los orígenes), *los porqué*s (los contenidos) y *los hacia dónde* de las cosas (los fines), ese encuentra los *cómo*s y los medios para hacer lo que tiene que hacer y llegar donde tiene que llegar. Por eso respondo a la pregunta: ¿quién es un cofrade por dentro? ¿Cuáles son los estratos de su personalidad que debe conocer, construir y alimentar de manera permanente para que todos ellos colaboren en la forja de una personalidad rica, compleja y eficaz, tanto desde el punto de vista humano y profesional como desde el punto de vista cristiano y eclesial?

Lo haré enumerando una serie de puntos: los que yo llamaría niveles o dimensiones de vuestra personalidad; niveles que hay que diferenciar con rigor y realismo, para no mezclar ni confundir nada, pero que luego hay que trenzar para hacerlos colaborar a todos ellos en la vida personal. Nada hay más amenazador para la vida cristiana hoy que escindir nuestra existencia por dentro, viviéndola en compartimentos estancos sin establecer relación entre ellos o estando en contradicción unos con otros. En este sentido, cada uno de *vosotros sois un ciudadano, un cristiano, un miembro de la Iglesia, una persona ante Dios dentro de un lugar concreto en el mundo*. Estas realidades, cada una de ellas, pertenece a un universo de sentido, pero todas constituyen el tejido de vuestra vida personal.

1. La primera exigencia es diferenciarlas.
2. La segunda, ponerlas en relación.
3. La tercera, ejercitar la vida haciendo que todas ellas colaboren.
4. La cuarta, velar para que ninguna de ellas se absolutice y asfixie a las demás.

Digamos una palabra sobre cada una de estas dimensiones, subrayando de entrada que las cuatro son esenciales, pero que cada una de ellas tiene sus criterios, una cierta autonomía y que, a veces, podemos encontrar dificultad en armonizarlas, dado que cada nivel de realidad está tentado a serlo todo no solo en su campo, sino también en el de los demás.

## **1. Ciudadanía**

Cada uno de vosotros sois miembros de una sociedad, estáis en una ciudad, pertenecéis a una región, ejercéis una profesión. Esta implantación en la realidad de cada día es el primer elemento esencial que tenéis que tener en cuenta, en una lucidísima conciencia de lo que hoy día exigen cada una de esas áreas de la vida humana. Cada orden tiene sus exigencias específicas, sus necesidades, sus urgencias, sus criterios internos de acción y de gestión. En esos campos, cada uno de nosotros lleva a cabo su vida y su verdad, se acredita como persona, como profesional, como compañero o vecino. Y, cuando uno se desacredita en un campo tan fundamental como es esta implantación primaria, no tiene credibilidad en los demás. No se puede ser buen cristiano sin ser buen ciudadano. Hoy hay palabras sagradas cuya realización o negación acreditan o desacreditan de entrada a una persona. Ellas son: libertad, justicia, verdad; quien carece de ellas carece de dignidad. Y si un cristiano carece de ellas en el orden profesional, desacredita en raíz su vida y propuesta cristiana.

Ninguna forma de vida da cauce a todas las necesidades humanas y, por supuesto, ninguna política es plenamente coherente con el Reino de Dios, justamente porque ella es la gestión de los hombres, y el Reino de Dios es Dios mismo. Pero, dicho todo esto, la acreditación profesional, sindical, laboral y política de vuestra vida es la condición necesaria para tener una palabra verdadera como cristianos y cofrades. El cristianismo no es una moral; es mucho más que una moral, pero nunca es menos que una moral. El esfuerzo por sumar ética civil y ética cristiana es hoy un imperativo sagrado para los cristianos. Sin simultánea acreditación moral cívica, no hay propuesta creíble del mensaje cristiano.

## **2. Cristianía**

El hombre es una realidad abierta. Dios le ha creado a su imagen y semejanza; le ha dado una inteligencia y le ha dejado en manos de su libertad. Por ello, somos creadores con Él y, siguiendo las líneas de su creación inicial, podemos crear un mundo de belleza o de fealdad, de vida o de muerte. Nos ha hecho libres, a la vez que orientados a una plenitud, la de su propia vida divina, que nos ofrece como posible vida humana nuestra. Dios nos ha creado libres y ha ofrecido a esa libertad la capacidad de trascenderse hasta el Infinito para poseerle.

Hay tres abismos insondables para el hombre: la creación de Dios, la libertad del hombre y la encarnación. Son océanos que no podemos vadear, y todo intento por cruzarlos nos arrastra al fondo. Son incomprensibles, pero sin ellos no nos comprendemos a nosotros mismos. Los tres están relacionados entre sí en una circularidad hermenéutica: desde uno se puede ir al otro, y cada uno de ellos emite luz sobre los otros dos. Los tres reflejan la realidad y el riesgo de Dios: realidad de su amor y libertad creadora, pero riesgo al crear un hombre que se puede volver contra Él en triple asalto: hasta desobedecerle, pretendiendo fundar por sí mismo el ser, el bien y el mal (primer pecado origi-

nal); hasta anular a su hermano (fratricidio de Caín como segundo pecado original); y, finalmente, intentar darle muerte en Cristo (tercer pecado original). Esa es la sombra de la historia del hombre, en la que se empeña y empecina, ya la que Dios responde entregando a su Hijo, para que, asumiendo nuestra vida y nuestra muerte, las subvenga, poniendo la fuerza santificadora de su vida (= sangre) donde nosotros ponemos la potencia mortífera de nuestro pecado.

Dios se ha allegado más cercanamente al hombre todavía por una alianza fiel y definitiva: ha iniciado un camino de vida con él. Esta es la determinación que Dios ha hecho de su propio destino hasta llegar a ser Dios de los hombres, Dios de Abraham, de Isaac, de los profetas, de Jesucristo, de Pablo, de cada uno de nosotros. El Dios de la alianza, Emmanuel, que es Jesucristo, la alianza en persona, el Reino en persona, se acerca absolutamente hasta nosotros: hasta nuestro destino de vida y de muerte. Dios no es el Vacío lejano, ni el Poder supremo exigente, sino el compañero de sufrimiento en nuestro camino, que por eso. nos entiende, porta nuestros pesos y comparte nuestros pasos, para superarlos desde dentro con nosotros y por nosotros.

¿Qué digo al decir cristianía? Digo que hay hechos históricos externos que fundan nuestra fe, ideas y dogmas que los explicitan, reglas morales que les dan cauce (*cristianismo*); digo que eso se realiza en el tiempo, en la exterioridad, en la comunidad, en hechos sociales, en propuestas morales, en institución, en Iglesia (*cristiandad*); digo que esa fe es un principio de vida divina para la persona, creándonos una nueva identidad, en el ejercicio de nuestra conciencia y voluntad, en la memoria y experiencia que cada uno tenemos de nosotros mismos (*cristianía*). En la fe no somos solo un número, sino que cada uno somos un absoluto ante Dios. Religados a los demás, solidarios y responsables con los demás, pero cada uno con nombre y rostro propios ante Dios y ante los demás. Aquí no valen ni la masa ni el anonimato. Dios tiene nombre, rostro y palabra para cada hombre, y cada hombre tiene nombre, rostro y palabra ante Dios. Las cosas, las plantas, los bosques dirán por boca de **Horacio**: "*Nos numerus sumus = Nosotros somos un número*". Las personas, en cambio, no son número, porque cada una procede de un amor único de Dios, que configura a cada hombre de manera diferenciada a su imagen, con un molde que rompe al crear a cada uno para no repetirse.

Para los cristianos, Cristo es el rostro amado en el que contemplamos el mundo, la memoria fundante y la medida constituyente, el principio y el criterio de una vida nueva. El viejo catecismo definía al cristiano como el hombre de Cristo. Eso somos. Y a Él hay que conocerle en su historia, porque es un hecho particular; con validez permanente, porque es una verdad universal; porque es una divina verdad personal. Conocer la historia, el mensaje, el destino y la persona de Cristo es el principio y fundamento; el primer imperativo para que la vida de un cofrade no sea hoy un resto de tiempos pasados, sino una luminosa forma actual de ser persona. Ser cristiano así es una inmensa gracia de Dios y una admirable posibilidad de ser hombres.

### 3. Eclesialidad

Ser cristiano es resultado de varios factores. En primer lugar, de la transmisión de la fe que nos han hecho nuestros padres, nuestra familia, parroquia, colegio, prójimo que nos han tendido la mano y nos han hablado de Cristo. Luego, es percibida por quien la recibe como un don directo de Dios: de El proviene todo en su origen, pero todo nos lo da por los demás. Y, en tercer lugar, la fe es fruto de una libertad personal. Estos son, por tanto, los tres principios originarios de nuestra fe: Dios (ella es gracia), el prójimo (es don transmitido), nosotros mismos (es fruto de una inteligencia pensante, de una voluntad que pondera y de una libertad que decide). Estos tres factores están en el origen de nuestra fe y deben ser redescubiertos, afirmados y cultivados a lo largo de nuestra vida.

La fe la recibimos *como* posibilidad por muchos cauces: los hombres, nuestra propia libertad, Dios mismo. Hoy los creyentes tenemos que reconocer la fe como un admirable don de Dios, admiramos de la inmensa gracia que es poder creer. Poder creer nosotros en Dios y, sobre todo, saber que Dios cree en nosotros. Esta es la suprema afirmación evangélica: tanto amó Dios al mundo, a cada hombre, y tanto ha esperado de él, que le ha entregado a su Hijo para que ninguno perezca olvidándose a sí mismo entre las cosas, para que no pierda el tino y marche sereno y derecho hacia la plenitud de la vida divina que llamamos eterna y para la que Dios nos ha creado (Cf. Jn. 3, 15).

Ahora bien, la fe no es ni evidente ni absolutamente necesaria; no es un hecho de naturaleza, sino de libertad, y no es necesaria simplemente para pervivir inmediatamente, sino para vivir una vida nueva, la vida divina. Para quien solo aspira a una perduración material y no espiritual, meramente social, rastreadamente en los límites de la finitud, mundo y tiempo, para tales fines, ese no necesita creer. Ese se está amputando la posibilidad y destino esencial de la vida personal. ¡Es como quien dice que no le preocupa el cultivo de la vista y del oído, que le basta con el tacto para estar en el mundo; que la música, la pintura y la poesía son perfectamente prescindibles! Creer es una divina posibilidad ofrecida al hombre, que si la acoge gana, se salva y logra, y si no la acoge, pierde y malogra. Hay muchos hombres que sienten la carencia de la fe, muestran su anhelo por creer y, sin embargo, no pueden creer. Es el momento de que los creyentes reconozcamos que la fe es mucho más que una conquista personal, que hemos sido agraciados con ella por Dios en la Iglesia, **A. Machado** mostraba a la vez este anhelo y esta incapacidad de creer en un poema enviado a don **Miguel de Unamuno**: "Razón y locura / y amargura / de querer y no poder / creer, creer y creer", Gracia que es don y responsabilidad; por ello, el creyente debe sentir la exigencia de agradecerla a Dios y de ofrecerla como bella posibilidad para todo hombre. De ella, los que la hemos recibido nos gloriamos en humildad y obediencia, nunca en ostentación, y menos sirviéndonos de ella como arma arrojada contra el no creyente.

La comunidad eclesial es la que nos anuncia, hace presente, transparente y creíble la fe, El testimonio de un individuo aislado no es definitivamente válido si no lo acredita el resto de los creyentes, porque, sin el testimonio concorde de los demás, nunca terminaríamos de saber si esa fe es un don divino

para todos o mero fruto de la genialidad o locura particulares. Recibimos la fe de la Iglesia por el sacramento del Bautismo, El anterior ritual de la celebración de este sacramento en la puerta de la iglesia- templo planteaba a los padrinos estas preguntas: .. ¿Qué pedís a la Iglesia de Dios?: la fe. ¿Y qué os reporta la fe?: una vida eterna". Ese es el núcleo original de nuestra fe: no es que la tengamos y vayamos a ofrecérsela a Dios y apuntamos a la Iglesia. Como para todo, la libertad también es la condición para pedir el Bautismo tras una inteligencia ilustrada sobre sus contenidos y exigencias. La clara conciencia y limpia libertad son las condiciones personales que debe aportar el sujeto para recibir el don de Dios; y esto es lo realmente importante e innovador. ¡Hoy tenemos que redescubrir la fe como gracia y asombrarnos del inmenso don que es poder creer! ¡Tendríamos que asombrarnos más de nuestra fe que de la incredulidad del creyente! ¡Y agradecer a Dios día y noche que sea amigo de los hombres, se revele, nos haga ya partícipes de su vida y. como fiel amigo hasta el final, la comparta con nosotros eternamente!

La fe nace en iglesia y se cultiva en Iglesia, se corrige y completa en Iglesia. Un cristiano solo no es un cristiano. Ser cristiano es ser miembro, ser hermano, ser prójimo. Aquí estamos en los antípodas de una cultura burguesa del siglo XIX que ha absolutizado al individuo separado, canonizando la voluntad de poder al margen de la voluntad de verdad y de servicio. La humildad de Dios se revela en la encarnación de Cristo, y la humildad de Cristo se prolonga en su responsabilización con la Iglesia. Quienes no aceptan esa pobreza del Dios encarnado no aceptan la presencia de Cristo y la pobreza de la Iglesia; mas quienes se han sentido agraciados, perdonados y santificados por ellas, saben que no hay nada comparable en este mundo. Para esos, su mayor gloria es que la santa madre Iglesia, con su maternidad y santidad, les perdone sus pecados, los inserte en su vida sacramental y teologal, los acompañe hasta el final con su oración, sacramentos y bendición como viático para la eternidad. ¡Invito a releer las *Confesiones* (III, 4,8; VII, 9,13-16; VII, 21,27; X, 41,66-70} de san **Agustín**, cuando dice lo que él recibió de la filosofía, y lo que recibió de la Iglesia y por qué, siendo filósofo, para poder serlo hasta el final, se hizo cristiano!

#### 4. Fraternidad

Junto a las dimensiones enumeradas, aparece ahora la específica vuestra como cofrades. La pertenencia a vuestra cofradía, ¿qué añade a todo lo anterior? Aquí aparece una forma concreta de lo que es la vida humana: todos vivimos la humanidad, pero cada uno acentuamos un aspecto de ella, o sufrimos los reversos negativos en un punto u otro. También en el cristianismo. Este es muy complejo, la vida de Cristo tiene muchos *pasos*, vivió muchos momentos diferenciados, realizó la revelación de Dios su Padre en situaciones diversas (enseñanza, milagros, comportamientos, signos, destino final de pasión, muerte y resurrección). Son los misterios de su vida, que abarcan desde su nacimiento hasta el momento de la Ascensión y Pentecostés. En esos momentos decisivos de su existencia realizó la revelación de Dios al mundo en el ejercicio de su libertad ante él y ante sus contemporáneos. Misterios de la infancia, de la vida adulta, de la pasión y de la glorificación de Jesús. En cada uno de ellos descubrimos una faz de Dios y una faz del hombre. Y a su luz nos comprendemos a nosotros mismos. Dios nos da a cada uno una sensibilidad

especial para conocerle primero y luego para seguirle. Por eso, podemos decir que nos introduce en su gran Misterio a través de uno u otro de los misterios humanos de Cristo, lo mismo que al mar se llega siempre por la desembocadura de un río, pero cada afluente tiene su rumbo y su acceso al integrarse en aquel. **Pascal** lo formuló con palabra definitiva: "Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: es necesario no dormir durante este tiempo". "Yo pensaba en ti en mi agonía; yo he derramado algunas gotas de sangre por ti" (*Pensamientos*, Ed. Brunschvicg, p. 553). En lucha con el mundo y en agonía con nosotros, porque nuestra lucha e historia son las suyas, y hasta que su revelación y redención no hayan sido consumadas en nosotros, Él no es todavía el Redentor pleno. A esa "agonía" de Jesús, a esa lucha contra el mal, a la revelación del bien y a la oferta de nueva libertad, nos asociamos nosotros. Cada cofrade se une en la forma específica correspondiente a su Misterio, lo vive y le responde en la acción. Acciones y comportamientos de Jesús creadores de salud, de compasión, de integración, de perdón y de misericordia con los más necesitados; de plante y desafío ante los violentos; de amorosa cercanía a niños, pecadores, mujeres, extranjeros; de oración silenciosa y nocturna ante el Padre.

Cada una de las cofradías se ha organizado en torno a uno de esos misterios de Cristo con los protagonistas que los vivieron en primer plano: entre ellos, ante todo su madre, san **Juan**, sus apóstoles, ángeles y traidores, sayones y mujeres. Luego han surgido otras cofradías con fines piadosos, bien en torno a figuras de santos, o a lugares sagrados como ermitas y cruceros; finalmente, surgieron otras orientadas a fines sociales con la voluntad de lograr unos objetivos de paz, de misericordia, de promoción de la justicia y defensa de los débiles, para enterrar a los muertos, para ayudar a los pobres, acompañar a los encarcelados. ¿Cuáles son hoy las obras de misericordia más urgentes y cuáles las que cultiva con especial esmero vuestra cofradía?

Debéis elaborar una cristología para vuestro uso personal y religioso, a fin de conocer a fondo el sentido del misterio de Cristo y, en especial, aquella faceta a la que se orienta vuestra peculiar devoción. Vivió su libertad en la alegría de las bodas y en la amargura de la traición, en la gloria del Tabor y en las cicatrices del Calvario, en la traición de **Pedro**, en la fidelidad de Juan y en el perfume de nardo derramado por la mujer a sus pies. Nosotros tenemos que asociarnos a esas experiencias y sentimientos suyos, hacernos familiares de esos nombres, personajes y momentos, sintiendo, gozando y padeciendo, como si estuviéramos allí presentes. La mejor tradición espiritual -que alcanza su cumbre en la *Vida de Cristo de Dionisio el Cartujano*, los *Ejercicios Espirituales* de san **Ignacio de Loyola** y la *Vida* de santa **Teresa**- ha hablado de la aplicación de nuestros sentidos (ojos, oídos, manos...) para acceder al conocimiento de la sacratísima humanidad de Cristo. Cada una de esas llagas suyas son las puertas abiertas para que penetren por ellas nuestro amor, conocimiento y seguimiento. Para llegar a ese conocimiento interno y a esa connaturalidad con Cristo, hay que estudiar, contemplar en silencio, orar, vivir las celebraciones sacramentales con profundidad. Alguien os tiene que ayudar a hacer exégesis histórica de los textos, a la vez que a ejercitaros en la *lectio divina*, esa lenta lectura contemplativa, orante e integradora en la propia vida, tal como siempre la han realizado la liturgia y los grandes creyentes y orantes.